La bestia del Baical

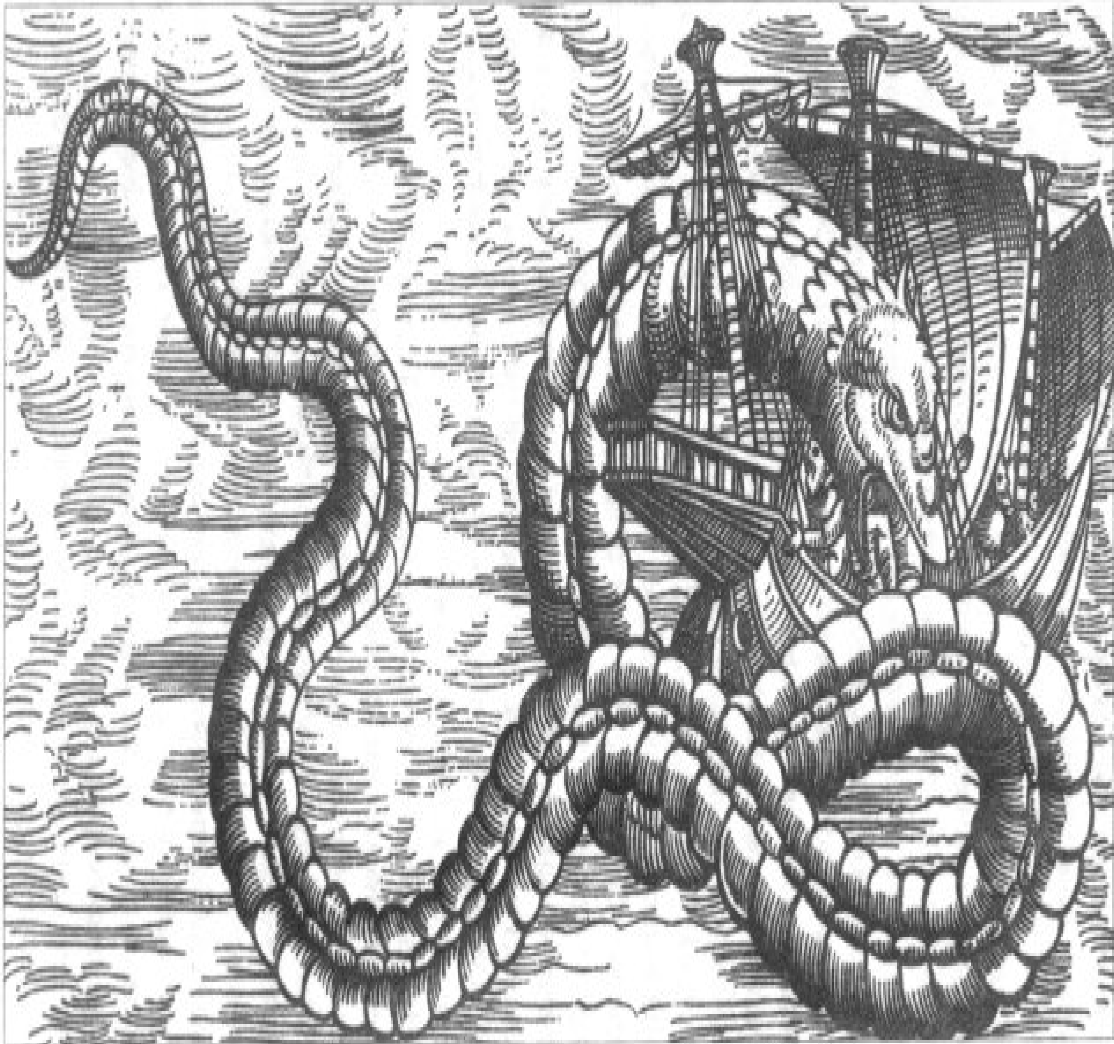


Fig. 67. Serpiente marina atacando a una nave. (De Olav el Grande.)

Valentino

(En grafía moderna)

LA BESTIA DEL BAICAL

El día 15 d´enero de dos mil siete, luego de realizar unas investigaziones en el subsuelo del valle de los emperadores en Méjico, tras un incomodo viaje de tres oras en un viejo bimotor Tucano, aterrizaba yo en l´isla de Roatán, en el Caribe zentroamericano, cuando rezibí l´alerta d´un correo de voz en mi zelular: «Mi estimado Bruno Colono, es urjente ce te contactés conmigo. Tu presenzia en Moscú tiene carácter obligatorio. Llamáme lo más pronto posible para cordinar tu llegada con el personal de la Soziedad d´ Investigaziones Marinas. Tu amigo, Dimitri Pavlovix».

Efectivamente, era la voz eslava, potente e impensablemente lírica, de mi amigo Dimitri. Recordé ensegida los días de juerga en tierra rusa, embebidos de vodca i mazurca en las cantinas de la graxevca[1], donde solíamos rezitar los poemas de Puxkin i reírnos a carcajada batiente por la grazia de los cuentos d´Afanisiev. ¡I cómo olvidar a la dulzísima Olesia, esa novia tan perfecta, una barbie, ce dejé con el mayor de mis pesares en casa del patriarca Abramovix! Fueron mis mejores tiempos. En esos fabulosos días, Dimitri i yo abíamos exo exploraziones en los rifts del Atlántico, finanziadas por el gobierno ruso, cartografiando los fondos abisales, midiendo sus profundidades, para dar paso a las instalaziones de cables de fibra óptica ce conectarían a ese país con el resto del mundo. I lo ce´s más sorprendente, abíamos exo estas inmersiones con la ayuda d´un antiguo batiscafo, el Tresler, una relicia de los tiempos del gran Piccard.

Apenas desembarcé en el aeropuerto de Moscú, el personal de la Soziedad me rezibió. Uno de ellos era´l señor Sviatoslav Xernov, miembro del Comité Zentral, exelente jeólogo marino, i´l señor Yuri Camcov, submarinista espezializado en arceolojía marina. «Binvenito», me saludó Xernov con su español d´escuela, dándome un beso en la mejilla. «Iá jaraxó ravariú pa rússci[2]», le contesté con una sonrisita. Camcov, sorprendido, se exó a reír i, abrazándome, me dio otro beso. Les pregunté por Dimitri, i otra vez rieron: «¡O, Pavlovix, on miédlenna guliáit![3]», refiriéndose a la pasmosa trancilidad con ce mi amigo suele enfrentar las cosas.

Llegamos al edifizio de la Soziedad, una verdadera obra maestra d´arte arcitectónico barroco, i pronto mis ojos se toparon con los de Dimitri, cien me esperaba, recostado i con los brazos cruzados, a´lado d´una arcaica escafandra metálica –¡nada más i nada menos ce la famosa “mácina idrostatergática” de Fréminet!–, fumándose un zigarrillo. ¡Estás ante un monumento!, le señalé. ¡En Rusia todo es monumental!, me devolvió el saludo afectuosamente Dimitri: «Cac dela?»[4], i levantó las zejas, tendiéndome la mano. «Normalna»[5], le

[1] Barrios empobrecidos.
[2] “Yo hablo bien ruso.”
[3] “Ah, Pavlovich, él siempre anda con calma.”
[4] “¿Cómo estás?”

respondí, i nos abrazamos. Pasamos a una sala de juntas. En medio de rollos cartográficos, compases i medidores, Xernov tomó la palabra.

–Señores: bienvenidos. Dejaré a un lado los formalismos i expondré sin tapujos el objetivo de nuestra misión: desvelar el misterio ce rodea las desaparizions de barcos en el lago Baical, situado al sur de la Siberia. Ese será el objeto de nuestra tarea, i estos son los motivos ce nos mueven a realizarla: El Baical, cuya riceza ecolójica es extraordinaria, es, además, una de las mayores fuentes jeneradoras de riceza económica de la rejión. Desgraziadamente, en los últimos dos años, una serie de naufrajios, inexplicables, an azotado a las embarcaziones comerziales ce lo navegan, auyentando a los comerziantes, industriales e inversores, provocando con ello una depresión finanziera local ce tiene aflijido al Gobierno ruso, cien ve con tristeza un declive terrible en la captazión d´impuestos. Estando las cosas así, el Gobierno, por medio de l´Armada, a contratado los servizios de la Soziedad d´Investigaziones Marinas, para ce´l misterio sea desvelado d´una vez por todas.

Todos asentimos, en verdad agradezidos por las juiziosas palabras de Xernov.

»Se nos ´asignado un fondo estatal para ejecutar dixas investigaziones. I lo primero ce se me a ocurrido a mí, grazias al consejo de mi amigo Dimitri Pavlovix, es contratar los servizios del señor Bruno Colono, reconozido ozeanógrafo, de cien conozco a la perfexión sus trabajos. La materia d´estudio es vasta, señores, pues el Baical, con sus 1,600 metros de profundidad, compite fázilmente en profundidad con cualciera de los mares del mundo. Las monografías del señor Bruno Colono sobre´l fondo marino nos aorrarán gran parte del trabajo redundante en nuestras indagaziones. Esto justifica su presenzia en el ecipo. Exploraremos, entonzes, la fisura continental, llamada “la Fosa del Baical”, sísmicamente activa estos últimos años, así como las grandes formaziones de roca ce descansan en el lexo marino, sospexosas de poseer propiedades altamente magnéticas, i sus posibles efectos sobre las embarcaziones».

Abía estado tan conzentrado escuxando las palabras de Xernov, ce no abía advertido ce Dimitri, gran afizionado al buen vodca i las mujeres, me abía estado giñando un ojo, aziéndome muecas con la boca, “Na zdoróvie, na zdoróvie”[6], señalándome con el pulgar i´l dedo índize la direxión d´un conozido bar ubicado atrás de la Plaza Roja. “¡Tost, tost!”[7], parezía dezir con exijenzia. Pero me negé, cería ir a descansar. En l´abitazión, estudié los informes de la Soziedad sobre los fenómenos, i no me sorprendió saber ce, según su ipótesis, culparan a la continúa actividad sísmica de la fisura continental por las catástrofes. En otros, responsabilizaban a los vientos uracanados ce arrezian en la temporada d´otoño. Ubo uno de sus reportes ce me llamó la atenzión: el ce trataba sobre las grandes formaziones de roca, supuestamente de magnetita, asentadas zerca de la fisura. Recordé los

---

[5] “Bien.”

[6] “¡Salud, salud”

[7] “Brindemos, brindemos”

trabajos de Bierlitz sobre´l Triángulo de las Bermudas, en los ce proponía ce las desaparíziones en ese lugar se debían prinzipalmente a la existenzia d´un intenso campo magnético. Me preguntaba: ¿cómo podría la fuerza magnética inutilizar un barco, aziéndolo naufragar? En el Baical, imposible. ¿Los vientos uracanados? Posible. Pero estaba claro ce la actividad sísmica era la causa.

Al día sigiente partíamos en tren desde Moscú al sur de la Siberia. Iba ablando con Xernov i Camcov sobre´l lago, i éstos me explicaban ce su edad podría situarse entre los 20 i 25 millones d´años. Por increíble c´esto parezca, su largo sedimento marino, de 31,500 cilómetros, jamás se abía visto afectado por ningún glaziar continental. «Sin embargo», terzió Camcov, «Lo ce natura nunca estropeó, el ombre en menoscabar no tardó: desde la década del zincuenta, una planta prozesadora de pulpa de madera i zelulosa no a zesado de contaminar e´lago con sus desexos tóxicos; i por otro lado, las nuevas técnicas de pesca, por demás bárbaras, en las ce se utilizan asta bombas para atontar a los pezes, an comenzado a destruir irremediablemente su lexo, con la consecuente pérdida del ábitat marino. El Baical, antes lleno de vida i riceza, mi cerido Bruno Colono, aora muere agónicamente». El tren segía su marxa. Antes de llegar a´lago nos detuvimos en Buritia, en el sureste, i luego en Oblast, al noroeste, asta ce finalmente llegamos a Ircutsc, a orillas del Baical. El panorama era fantástico, la representazión del Paraíso en la Tierra, adornado por un magnífico conjunto de montañas cubiertas por la taiga, en cuyos largos senderos podía verse e´lerdo correr de los osos. D´entre las 22 islas del lago, sobresale la d´Oljon, defendida por dos emerjentes titanes rocosos, ogar de la única foca de agua dulze, la nerpa.

Elejimos a Oljon como nuestra base de operaziones. Para las labores d´inmersión, l´Armada nos prestó un buce d´auxilio submarino, el A-40 Nereida, de 53 metros d´eslora, i un sumerjible autónomo, el Ictíneo 2000, de zinco élizes, ecipado con cuatro reflectores, dos sonares –uno para explorazión i´l otro para tipificazión–, cámaras de video, brazos, i una cabeza independiente del cuerpo de la nave. Integraríamos la tripulazión del sumerjible Dimitri i yo, en tanto ce´l A-40 Nereida sería capitaneado por Xernov, asistido en el mando por Camcov. Con el Nereida, i´l Ictíneo en remolce, empezamos a explorar e´lago desde la superfizie, utilizando primero´l sonar i luego´l radar tridimensional SAR. Fijos los ojos en los instrumentos, Xernov me aturdió con una confesión: «Voi a dezirte algo, Bruno, ya c´estamos en la ora de la verdad: Mirá, vos, yo, i todos en este buce, no estaríamos ací si l´Armada no estuviera tan interesada en encontrar i recuperar un mini-submarino, el Seejund, ce se perdió en estas aguas no aze siciera una semana. Esta trajedia l´a costado ya´l puesto al jeneral Jennadii Socolov». Me cedé paralizado por la sorpresa. «¿Cerés dezir, Xernov, ce no estamos ací para investigar sobre las causas ce provocan estos naufrajios?». No, Bruno, l´Armada a perdido este minisub dotado con arsenal nuclear, i desea recuperarlo. «Esa es la verdad, amigo, i te l´e dixo para ce no buscés en vano por el fondo lacustre. Si te sentís

engañado, Bruno, i cerés marxarte aora mismo, no te detendré». Ladeé la cabeza. Me enfurezí i dejé escapar una sarta d´insultos.

Me enzerré en uno de los compartimientos del barco. Estaba furioso. ¡Por cé no me abías dixo la verdad antes! ¡Temiás acaso ce no azeptara tu propuesta desde´l prinzipio! Estaba desilusionado porce los objetivos de la misión abían cambiado, ¡en realidad nunca abían existido! Unos toces resonaron en la puerta. Era Dimitri. ¡Pasá! «Mirá, Bruno, sé c´estás mui molesto. Pero nezesito tu ayuda. Para mí no se trata del minisub, sino de la rejión del Baical. Los naufrajios la´n empobrezido. Velo d´esta manera, Bruno, si encontráramos el Seejund, podríamos determinar con exactitud las causas ce orijinan estas catástrofes. ¡Vamos, ombre, uníte al equipo!». Cavilé un buen rato. Al final, las palabras de Dimitri me convenzieron. ¡Está bien, te ayudaré! Volví a la cabina. Xernov segía ocupado viendo por la pantalla del radar tridimensional, en tanto ce Camcov observaba por el sonar. Pronto aparezieron en ambas pantallas las grandes formaziones rocosas. ¡Están zerca de la fisura!, dijo Xernov. ¡Tendremos ce bajar a inspexionar! Preparamos el ecipo. Bajaríamos Dimitri i yo. Nos vestimos con nuestras escafandras i abordamos el sumerjible.

Con el Ictíneo 2000, nos undimos bajo las aguas cristalinas del lago. Deszendíamos. Zincuenta metros, zien metros, burbujas, nerpas nadando, dozientos, trezientos, un banco de pezes omul, ¡pronto llegarán a la cota de los cinientos, Bruno!, seizientos, ochozientos, los pezes golimiancas xocan contra los vidrios de cuarzo, ¡mil trezientos metros! Bruno, detenéte. ¡Enzendé los reflectores! Sonar uno i dos activados. Rezepción de datos. Estamos a trezientos metros de las formaziones rocosas, a un paso de la fisura continental. Columnas d´aguas termales brotan violentamente del fondo.

–¿Traduxión de datos, Dimitri? –Éste se acomodó en la silla–. Velozidad, estática. Posizión, 53°5′9″N, 108°2′34″E. Profundidad, mil trezientos metros. En resumen, todo a las mil maravillas, Bruno. Podemos avanzar.

Nos dirijimos azia la enorme grieta, una enorme fosa ce parezía ender las entrañas de la Tierra; buzeábamos graziosamente en las profundidades como un pezezito tigre en su pezera, ansiosos por cruzar las grandes masas de piedra ce nos obstaculizaban el paso. Nadábamos con cautela. De repente, el Ictíneo 2000 se sacudió impetuosamente.

¡Por un demonio, Dimitri! ¿Cé ocurre?, pregunté. No lo sé, Bruno. Cizá sean los efectos de la turbulenzia sísmica. Esperá. Mirá la pantalla del sonar, ves ese punto, se mueve, ¡es una roca jigantesca! El sismo l´abrá soltado d´alguna escarpa. Bruno, apuntála directamente con el reflector; pareze rodar por el lexo i venir azia nosotros. ¡Maldizión, el alcanze d´este foco es mui corto! Esperemos a ce se azerce rodando. Bruno, ¿podría su fuerza magnética alterar el funzionamiento de la nave? ¡Es una roca colosal! No lo sé. Algunos teóricos como Bierlitz aseguran ce sí, ce podría aturdir los mecanismos eléctricos, aziéndola naufragar, pero… Nos la tendremos ce jugar, Dimitri, es nezesario dar con el paradero del Seejund. El Ictíneo volvió a estremezerse.

–Está ya a dozientos metros, Bruno, justamente debajo de nosotros.

–Bruno, vení, azercáte. Observá el radar uno. ¿Ves esos otros puntos allá, en el fondo, zerca de las formaziones de granito? ¿Los ves? Creo ce son restos de embarcaziones…

–¡Eureca, Bruno! ¡Es un zementerio marino!

«Bruno», escuxé por el audífono, «Soy Xernov. No entrés a la fisura. Volvéte. El sonar me indica ce una gran masa se azerca a ustedes. Esto no me gusta. ¡Esperá! El SAR me dize c´esa cosa empieza ´azender del fondo abisal. Va´zia a ustedes. ¡Lárgense d´allí en este momento, Bruno! ¡Es una orden!».

«Vamos, Xernov», le contesté, «No es más ce una roca. Nosotros ya emos detectado sus movimientos por medio del sonar dos. D´exo, ya la estoi apuntando con los reflectores. No te preocupés, ombre, dejános investigar, ce ací todo marxa bien. Por zierto, dezíles a los de l´Armada ce vayan aflojando la xecera. Emos encontrado un zementerio d´embarcaziones. No tardáremos en localizar al Seejund».

Segía apuntando perpendicularmente. ¡No se ve nada, Dimitri! ¡La gran roca se azerca, Bruno! ¡A zien metros! ¡Apuntá, apuntá más abajo! ¡Segí apuntando con los reflectores! Saca aora la cabina autónoma de la nave para captar mejor la imajen. Ésta se eleva despaziosamente en medio de las burbujas. Listo. Focos en posizión.

«Bruno», volví a escuxar por el intercomunicador, «¡No te lo estoi pidiendo de por favor! Regresá. No sabemos cuánta potenzia magnética pudiera estar conzentrada en esa piedra. No deseo perder el Ictíneo. Es un ecipo caro. Enviaremos una sonda para c´investige los restos de barcos. Volvéte. ¡I es una orden!»

«Está bien, Xernov. Como vos digás. Volveré a la superfizie».

¡Cién entiende a los rusos! Dimitri, aziende. A unos cuantos metros de la fisura continental, a dos pasos del zementerio d´embarcaziones, sentía, azerbamente, ce´l Seejund se me escapaba de las manos. Pero pudo más la curiosidad. Volví a apuntar con los reflectores. Por desgrazia, la iluminazión interna del Ictíneo reflejaba nuestras propias figuras en los cristales, impidiéndome tener una visión clara del exterior. ¡Maldizión! Apoyé el rostro contra los vidrios elados, encombando las manos, i descubro, sobresaltado, una ajitazión por entre las aguas fulijinosas. ¡Es la roca azercándose!, pensé inmediatamente, ¡No tendremos tiempo para evitar el impacto! ¡Dimitri! Me serené. Nezesitaba d´un juizio más moderado. Volví a llamar a Dimitri, pero esta vez calmado. Vení a ver esto, amigo. ¿Cé ves? Nada. ¿No detectás cambios en la corriente idrotermal, cizá una lijera turbulenzia? No. Esperá. Dejáme observar detenidamente. Sí, aora creo c´empiezo a verlo bien. ¡Por Dios Santo, Bruno! ¡Unas fauzes monstruosas se abalanzan contra la cabina! ¡Es un monstruo marino! ¡Apagá, apagá los reflectores! ¡Nos devora!

Era una enorme serpiente marina ce nos engullía en una fugaz bocanada. ¡Nos devora, Bruno! Dimitri perdió el control, i, gritando en la oscuridad, me pedía c´iziera algo. Podía escuxar sus pasos alocados colisionar contra las sillas, aterrado por la entrada d´un lícido verdoso a

la cabina, en tanto c´unos olores irrespirables nos asfixiaban. Yo segía pulsando la radio, tratando de contactarme con el Nereida. Fue´n balde. Desesperado, no sé me ocurrió otra cosa ce pisar el azelerador de las élizes al máximo. Éstas, cortantes, trozándole la lengua, izieron ce la bestia nos escupiera.

«¡Xernov, auxilio, Xernov…!», alcanzé a gritar por la radio, pero un coletazo nos aventó de golpe al fondo de la fisura.

Íbamos cayendo vertijinosamente azia´l núcleo terrestre, segidos por acella inmensa sierpe; Dimitri cayó de bruzes sobre los controles, golpeando su cabeza contra los instrumentos. Enzendí los reflectores pero los volví a apagar, procurando oscurezer la visión de la dragontea, pero fue´n vano. Otro coletazo. Salimos disparados como una bala. Durante´l trayecto, ésta parezía jugar con nosotros, enrollándose en lanzes rápidos por el sumerjible, a la vez ce se desdoblaba para segirnos por detrás. Abría descomedidamente la boca, enseñando sus filosos dientes, dándole golpazos a la cabina. Ya se aprestaba a devorarnos otra vez en una boconada, cuando el Ictíneo ingresó en una de las tantas grietas del fondo. Por su talla ciclópea, no pudo entrar. Se revolvía afuera tan frenéticamente, aporreando los bordes de la endidura, ce varias rocas nos cayeron enzima. El Ictíneo volvía a zarandearse, vibrando exesivamente por la presión del agua, casi a reventar.

Estábamos perdidos en la oscuridad de la caverna. Entre tanto alboroto, lo primero c´ize fue atender a Dimitri. Luego revisé los instrumentos i´l panel de control. Los daños no llegaban a graves todavía, mui a pesar de la tunda. Enzendí las élizes del Ictíneo. La nave segía temblando. Cise comunicarme con Xernov, pero l´antena de radio estaba dañada. ¡Demonios! Las rocas abían dejado de caer, i la sierpe, cansada, terminó por marxarse, azendiendo. A salvo, me dije. Dimitri despertó. ¡Bruno, es la bestia del Baical! ¿La bestia? Sí, la de las leyendas mogolas… Calmáte, Dimitri. Estás golpeado. No te preocupés más, ya no estáací, se marxó, sube.

¿Sube? Sí, uye a refujiarse en su nido, cizá esperando nuestra salida del subterráneo. ¿Sube, Bruno? Sí. Esperaremos. Pero calmáte. Intentaré contactar con la superfizie para ce vengan a rescatarnos. Entonzes me acordé de ce´l animal era un devorador de barcos. ¡Por Dios, Dimitri, tenés razón! ¡Se dirije azia´l A-40 Nereida! ¡Xernov! ¡Morirán engullidos! Arrancé la nave i me dirijí rápidamente azia la superfizie, con la esperanza de avisar a Xernov sobre l´amenaza ce lo azexaba. Si llegábamos a tiempo, toda la tripulazión del Nereida se salvaría de morir devorada. Dimitri trepidaba. Tirándose a la silla, se exó a llorar.

Remontábamos los metros azeleradamente. Mil, setezientos, cuatrozientos, la cota de los dozientos, zien metros, zincuenta, i ya emerjíamos de las aguas, con las gotas rodando por los vidrios de la cabina, cuando ante nuestros ojos, sin ce todavía pueda creerlo, la pitón marina enroscaba su cuerpo a lo largo del buce, constriñéndolo, amordazando la popa del Nereida i empujándola azia´l fondo del lago. Dimitri pegó un grito d´orror. Xernov, Camcov, i la tripulazión entera se

undieron bajo las aguas tragados por la cimera lacustre. Impotente, con los puños en el timón, lloré desconsolado. Dimitri estaba fuera de sí, i me pidió ce uyéramos azia la vertiente del río Angara, donde encallamos en una de sus orillas. Un sentimiento de culpa i revanxa se apoderó de mí. Pero era imposible azer algo. Era imbatible.

El misterio del Baical abía sido desvelado, pero la misión fue´n rotundo fracaso, i´l caso del Seejund fue engavetado en los arxivos azules de l´Armada. El Gobierno tampoco creyó en nuestros informes, burlándose de nosotros. ¡Cómo en el siglo XXI podrían existir criaturas del mesozoico! En cambio, crearon una zona de paso restrinjido en medio del lago i vetaron la navegazión en los días d´otoño, cuando arrezian los vientos. Esto izo ce Dimitri, frustrado, sucumbiera ante´l alcol. Ya arruinado, no zesaba d´ablarme de Xernov, Camcov i de todos los pecados ce lo atormentaban, perdiéndose en monólogos vazíos i lastimeros. Intenté ayudarle, pero éste se enfurezía i me atropellaba. Dejó de rezibirme en su casa i nos distanziamos un buen tiempo. La experienzia fue dura para ambos. Dejé Rusia i volví a mi ogar, Zentroamérica, mui adolorido por las zircunstanzias.

El invierno zentroamericano comenzaba, estábamos en junio. En uno d´esos días, regresando d´unas exploraziones en los yazimientos petroleros de la rejión del Cabo de Grazias a Dios, en la Moscitia, aterido por la lluvia tropical, una llamada cayó a mi zelular. Era Dimitri. Su voz, de por sí idílica, exizaba: «Bruno, amigo mío, e aprendido a superar mis miedos. Estoi preparado para acometer una nueva empresa. Acabaré con la bestia del Baical». Nada en la vida me a enervado tanto los pelos como esas palabras de Dimitri. Deliraba. «Lo tengo todo listo, amigo. Todo el ecipo. Pero, sabés, aora ya no bajaremos en el Ictíneo (los malditos de l´Armada creen c´estoi loco) sino ce´n un batiscafo. ¿Recordás el Tresler? Se los sacé prestado a los de la Fundazión Ozeánica Rusa. Nos debían ese favor». Aora eran mis miedos los ce me abrumaban. De plano, me negé. Lo siento, Dimitri, pero no puedo. Es imposible venzer a la bestia en su propio ábitat. «Vamos, Bruno, no me abandonés. Nezesito tu ayuda». No, Dimitri. Tu empresa lleva´l estigma del fracaso desde´l prinzipio. Suponéte ce bajaras al fondo, ¿pero i cé? ¿Cómo la destruirás? «¿Cerés saber cómo? Veníte a Sibirscoje, a casa de Prascovia Cuznetsova, calle 12 Cemerovo. T´estaré esperando». Dimitri, tal vez desciziado por el alcol, rayaba en la locura. Lo siento, amigo, pero no t´acompañare en esta monomanía. Adiós.

Pasaron varios meses desde acella absurda conversazión, i me olvidé de Dimitri i de todo lo ruso. I acellos ojos azules en cabelleras d´oro dieron paso a los ojos marrones del maíz de mi tierra. Incluso, ¡los años pesan!, me comprometí con una linda campesina, del Oxidente, ce me recordaba muxo a mi madre. Viajaba semanalmente de San Pedro Sula a Brus Laguna, plenamente imbuido en mis estudios petrolíferos, i ya gozaba d´una vida convenzional, cuando, ¡ai, ese bendito 'cuando'!, rezibí un email en mi laptop. Dezía: «Mi estimado Bruno Colono. Le escribe Mijail Lébedev, nieto de la señora Prascovia Cuznetsova. Lamento comunicarle ce nuestro amigo Dimitri Pavlovix a fallezido trájicamente en un axidente de fragata, mientras surcaba las aguas del

Baical. Su última voluntad, expresada a mi onorable abuela, fue ce le avisáramos a usted en caso de ce ocurriera un exo funesto, como desgraziadamente ´acontezido. Mis sentidas condolenzias, señor Bruno Colono. Firma, Lébedev. *P.d. El batiscafo i la mácina idrostatergática serán devueltos a sus propietarios, a cienes emos notificado ya. Éstos, amablemente, nos an prometido ce vendrán a recojerlas dentro de tres semanas*».

Lloré amargamente la muerte de Dimitri. I fue todo lo ce pude azer. No me enfrentaría a esa bestia marina de 60 metros. ¿Cómo venzerla? Era invenzible. Estaba claro c´abía sido perturbada en su propio ogar. ¿No l´abían enfurezido acaso los contaminadores del lago i los bombardeos de los pescadores? La paga del pecado es la muerte, como gustaba dezir Dimitri, zitando los proverbios del Libro Santo. ¡Demonios, déjenme en paz! Aora mis noxes eran infernales. Soñaba con Dimitri emerjiendo de las aguas, acariziándome con sus manos abiertas i cubiertas d´algas, señalándome´l pueblo de Sibirscoje. I también con el rostro de Xernov, comido por los omules, batiendo su cijada en un jesto d´agudo dolor. En otras, era la calavera de Camcov ce se me aparezía a´lado de la cama, dándome la ubicación del Seejund, el minisub artillado con mísiles nucleares. Enloquezía. Debía acabar con la sierpe o acabar con mi vida.

Partí a Sibirscoje una semana después del email. Estaba dezidido a enfrentar mi némesis. Me daba igual si perdía la vida o no. Vivir era´l Tártaro mismo. Di con la calle Cemerovo i con la casa de Cuznetsova. Me recibió Lébedev. Ablamos, le expliqué el asunto, i me llevó azia una bodega. «El difunto Pavlovix dejó esta carta para usted», dijo alargándome un papel sellado. L´abrí. Se leía: «Bruno cerido, ací tenés el batiscafo i la mácina de Fréminet, usálos, t´ayudarán en muxo. Pedíle a Lébedev ce te lleve azia unos cajones c´están arrinconados en una escina de la bodega. Abrílos. Una vez me preguntaste cómo destruiría a la bestia. E aí mi respuesta. Firma, tu amigo por siempre, Dimitri Pavlovix. Un beso». Segí cabalmente las instruxiones. No podía creer lo ce veían mis ojos. Escondidas en el eno de los cajones, brillaban, fuljentes, las ojivas d´unos mísiles. ¡Finalmente diste con el paradero del Seejund, Dimitri!, exclamé sorprendido. Me puse a trabajar ensegida, auxiliado por Lébedev, e ize algunas reparaziones i adiziones al batiscafo, además de soldarle los mísiles en ambos lados. Con la ayuda d´un amigo de Lébedev lo remolcamos asta´l lago. Ya en sus aguas, me embutí en la escafandra metálica, ize ce me socaran los tornillos i lo abordé.

Antes l´abía alcanzado una carta para mi novia a Lébedev. No dejés de enviarla, amigo, por favor. Zerré la escotilla. Una cosa me preocupaba: el sumerjible no era autónomo i dependía del barco en la superfizie; en cambio, la sierpe era asombrosamente ájil. La luxa sería mui desigual. Bajaba. Zien metros, dozientos, i contando, ¡la cota de los mil trezientos metros! Enzendí los focos. Las cordilleras se alzaban justo enfrente de mí, tupidas de bosce marino i esponjas coralinas, i ya dezendía por entre unos torbellinos d´agua vaporosa, cuando´l batiscafo se estremezió violentamente. ¡La bestia se azerca! ¡Los temblores no

zesaban! Es su paso mortal. Pero me ecivocé: era la presión del agua ce azía estragos en la cabina. Los tornillos de los portillos se aflojaron por la presión, i xorros d´agua empezaron a inundar con fuerza´l interior. Todo temblaba, el panel de control, las palancas, los vidrios de los medidores, ¡todo! i sin parar. La antiguedad del bajel i´l uso exesivo me pasaban la factura. Yo me sostenía aferrado del timón, pensando en ce no sería´l reptil cien me destruiría sino ce´l batiscafo mismo. Sin su protexión, yo no podría resistir la compresión i moriría. ¡Cé tonto e sido por segir los consejos de Dimitri! Mis ánimos decaían. El agua segía filtrándose. Buscando entre los repuestos, tropezé con un tubo de silicón ce, ilusamente, creí me ayudaría a mermar los daños, ya irreparables.

Corría d´un lado a otro, pasta en mano, sellando los bordes, tapando los torrentes d´agua, con la cara pegada a los vidrios, sudando de la aflixión. Una pizca de silicón cayó en mis ojos, ¡a, arde!, los froté, i entonzes pude verla rujiendo sordamente en las frías aguas, exibiendo sus aguzados dientes a través de la ventanilla. Atolondradamente, me enganxé del timón, e intenté apretar los botones ce axionarían los mísiles, pero la serpiente le pegó un coletazo a la nave. I esta última, sujeta al barco por una cadena, empezó a desplazarse d´un lado a otro, sin freno, como si fuera un péndulo endemoniado. Trataba de devorarme, lanzando sendas dentelladas, pero pifiaba por la rápida traslazión. Se ajitaba furiosa, ondulando su largo cuerpo, ávida por asirse del navío, abriendo las fauzes i dándole golpes a los vidrios de la cabina. El movimiento de traslazión no azía otra cosa ce aumentar el caos adentro, desbaratándolo todo pieza por pieza. Primero fue la élize, desde donde salió un gran xorro d´agua ce me golpeó atrás de la espalda, aventándome sobre los reguladores. Luego la escotilla zedía, a punto de estallar. Los vidrios se rescebrajaban i algunos segmentos eléctricos saltaban en pedazos sobre mi cabeza. Crujía. Desconsolado, acabado anímicamente, me exé a sollozar en la silla. ¡El fin!

Pero no para la bestia. La rápida traslazión menguaba. ¡Una dentellada más i me devora!, dije tristemente. Apenas ube dixo estas palabras, cuando vi sus grandes bocazas ante mis ojos. ¡Me engullía! ¡Grité, grité, orrorizado, agazapado en el piso del compartimiento! Zambullido, lícidos verdosos i blancuzcos envolvían el batiscafo, derruyéndolo todo alrededor. Los discos musculosos de la garganta lo constreñían con tal fuerza, ce´l techo empezó ´acoplarse contra´l piso, a metro i medio de la muerte por aplastamiento, mientras caía gradualmente azia las entrañas, repleta de ázidos sulfúricos. Enzendí los tances d´oxíjeno de mi escafandra. ¡Ya no ai más ce azer!, pensé resignado. Únicamente aría más lenta la agonía. Esperaría a ce´l oxíjeno se acabara i de seguro ce luego dormiría un sueño profundo, eterno. ¿Es esto la muerte, Bruno? ¡Vaya, no difiere en muxo d´exarse a dormir en la cama! Me abandoné en la silla. La nave segía axicándose, i yo nadaba en secreziones repugnantes. Unos minutos después, ya asfixiado por la corrosión de los fluidos, unas corrientes d´aire i agua me sacudieron. ¡Abre la boca!, exclamé atribulado, ¡Sube i baja por la superfizie! ¡Lébedev! ¡Será inmolado por el leviatán! Mis ánimos se

recalentaron. Entonzes me acordé de los mísiles. Sujeté el timón de la nave i apreté los botones. Nada. Ninguna descarga. ¡O, Dios! Imploraba en vano. Apreté una i otra vez, enlocezido, gritando con desesperazión, ¡muere maldita bestia, muere maldita bestia, i muere conmigo!, asta ce perdí bruscamente´l sentido. Sentía, en mi subconziente, un alivio i una paz indescriptibles, envuelto en una luz resplandeziente. Finalmente me abía encontrado más allá de mí mismo, unido con el Todo Total.

Recuerdo ce antes del desmayo escuxé un gran estruendo. Lébedev dize ce me recojió flotando en medio del lago, protejido por l´armadura, perdido´l conozimiento. ¡Fréminet t´a salvado, amigo!, bromeó. Agregó c´antes abía visto nadar al enjendro por enzima de olas tan altas como los cuatro metros, aproximándose arrebatadamente a demoler el barco d´arrastre. Subía i bajaba por la superfizie, con las grandes fauzes abiertas, cuando estalló bajo las aguas, despedazada. I´l dezir esto último se saltaba´l suzeso, gritando, feliz d´estar vivo, dándome besos en las mejillas: ¡Ia pozdravliaiu tebia, ya pozdravliaiu tebia, Bruno![8]

Abía sido´l fin del misterio del Baical. Pero´l comienzo mediático del lugar. Era tan increíble l´istoria d´un ombre de metro setenta luxando contra un monstruo no menos ce sobrenatural, ce´l Baical entró en su época de Renazimiento. Los turistas lo abarrotaron, los comerziantes florezieron i l´industria naviera resurjió de sus trajedias.

En cambio a mí, la experienzia no zesó d´atormentarme toda la vida, aparte de ce no me dejó un zentavo en los bolsillos. Segía soñando con Dimitri, Xernov i Camcov, pero éstos aora aparezían más umanizados en mis pesadillas, ora consolándome, ora aconsejándome. En cuanto a Lébedev, se izo rico firmando exclusivas para la prensa. Volví a dejar Rusia, mas esta vez recordándola i amándola más ce nunca.

Varios meses abían pasado desde acella aventura siberiana, i en estos días de verano, en plena Semana Santa, mientras disfrutaba de mis vacaziones en el refujio natural de vida silvestre Jeannette Cawas, en las costas d´Onduras, junto a mi amada, leía en el periódico la sigiente notizia:

«22 de marzo de 2008. Sidnei. Australia. AFP. El navío *Lord of the Sea*, ce cubría´l trayecto entre las islas Fidji i Australia, fue atacado por una Medusa Jigante d´aproximadamente 70 metros de lonjitud. Ante´l pedido d´auxilio de la embarcazión, un remolcador fue´n su ayuda i tuvo ce utilizar dos potentes mangeras d´agua a presión para expulsar al esperpento de la cubierta».

Luzía, mi novia, al verme tan conzentrado en el artículo, i sintiéndose groseramente desatendida, se me azercó reclamándome: «¿Cé te pasa, Bruno, estás asta pálido? Bien sabés ce me cae mal ce leás andando conmigo». Me agarró desprevenido. Le dije unas cuantas palabras de disculpa, torpes al fin i´l cabo, pero francas, al tiempo en c´una llamada azía sonar escandalosamente mi zelular: «Bruno Colono?

---

[8] "Te felicito, te felicito, Bruno".

It’s Matthew Porthmouth, from the Australian Maritime Institute. We need your help to fin…»

FIN